

REFLEXIÓN DE FIN DE AÑO

Recoser un mundo que se rompe

Suplemento del Cuaderno nº 202 de CJ – (nº 236) – Diciembre 2016
Roger de Llúria, 13 – 08010 Barcelona – 93 317 23 38 – info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net

Abandonamos el año 2016 con una larga lista de problemas no resueltos a la que se han añadido nuevas fracturas. El dolor va creciendo, y las muertes de tantos «santos inocentes» parecen eclipsar las esperanzas generadas por los «nacimientos» de muchas iniciativas solidarias. Todo drama humano suscita la aparición de pequeños o grandes héroes que, a menudo sigilosos, curan, acogen o acompañan. Donde se genera un nuevo sufrimiento, surge gente concreta que se solidariza con quien sufre, que comparte con él lo que tiene o que se arriesga con su palabra a denunciar la injusticia que ha causado el sufrimiento. Lo hemos visto en el drama de los refugiados, en el proceso de paz de Colombia, en el huracán de Haití... Recoser el mundo es también acabar con las irritantes diferencias entre la riqueza del 1% y el 99% restante. Y esa fractura humana se proyecta también hacia la naturaleza. El diálogo con ella se llama «ecología».

Constatamos que gran parte de los problemas mundiales están causados por la

incapacidad de diálogo de las partes enfrentadas y una polarización creciente de los discursos que destruye a las posiciones intermedias, que son los puentes por los que necesariamente transitará la solución.

Desde Cristianisme i Justícia lanzamos una llamada al diálogo y a rebajar las tensiones que amenazan con romper las relaciones en diversos ámbitos de nuestra vida.

El rédito electoral de la confrontación

Entre los hitos políticos que han tenido lugar este 2016 existe un elemento común: el rédito electoral del uso de la confrontación. Y no hablamos de la confrontación de ideas, nos referimos a la de personas, de colectivos, de naciones. Lo hemos visto en el debate sobre el Brexit, en el referéndum para un acuerdo de paz en Colombia o en la victoria de Trump en EEUU.

El insulto personal, la mentira, la desfachatez, la adopción de posiciones extremas e irreconciliables funcionan cuando se trata

de ganar elecciones y referéndums porque conectan con la indignación social y canalizan las ansias de seguridad y de proteccionismo actuales. Paradigmático es el caso de las elecciones americanas, donde el candidato no disimuló sus tendencias mostrando todo el tiempo un gran descaro y repartiendo insultos sin sentido del límite. Una nueva corriente, la del autoritarismo identitario, se ha colado por las rendijas que una democracia de baja intensidad ha dejado abiertas.

Vivimos una paradoja política: el mismo ciudadano que pide transparencia y mayor participación democrática castiga al partido que muestra públicamente sus debates internos porque los interpreta como manifestaciones de debilidad.

En el caso español, después de cuatro años de un gobierno de mayoría absoluta acostumbrado a hacer y deshacer sin oposición alguna, la falta de diálogo ha ofrecido al país un año de inoperancia política. Las posiciones minoritarias no han sido incorporadas para enriquecer el debate político, al contrario: han sido aplastadas o ninguneadas, lo que imposibilita la construcción de una sociedad verdaderamente democrática y plural. El objetivo más habitual ha sido destruir al partido o grupo rival, más que velar por los intereses del país, y ello aunque no se disponga de una propuesta para recoger los escombros que el desgaste social y político genera. De igual manera, podemos considerar el deterioro de las relaciones entre Cataluña y el resto de comunidades autónomas, o con el Gobierno central. Ni siquiera es posible hablar de «diálogo de sordos» pues el diálogo desapareció hace años, con el consiguiente riesgo de fracturar los partidos, polarizar las opiniones y hacer desaparecer las propuestas intermedias.

No se escucha, se impone; no se valora, apenas se tolera; no se construye, se destruye. La complejidad de las decisiones a

tomar debe venir acompañada de procesos deliberativos claros, abiertos, dialogantes... Sino, el ciudadano medio, cansado y desanimado, se abstendrá o escogerá la opción que permita con más celeridad el cambio de coordenadas políticas, aunque sea por la vía autoritaria, intolerante y de confrontación.

La extrema derecha como problema y como síntoma

Otro síntoma que demuestra hasta qué punto nuestra sociedad manifiesta cada vez más hostilidad hacia la democracia es el auge de la extrema derecha en Europa: ya no se trata solo de una ideología de pequeñas minorías, sino de una verdadera tentación para las masas. En Polonia, un partido como Ley y Justicia obtuvo en 2015 el 37,6% de los votos; en Hungría, el Movimiento para una Hungría mejor (Jobbik), alcanzó el 20,2% en 2014. El auge de estos movimientos no se da solo en países donde la democracia es una realidad relativamente reciente. En los países nórdicos ha crecido hasta porcentajes alarmantes, como el 13% de Suecia y el 21% de Dinamarca. En países de larga tradición democrática como Francia (27%), Alemania (14%), Suiza (29%) o Austria (20%) los datos son profundamente preocupantes. Además, el apogeo de la extrema derecha está condicionando las políticas de todos los países europeos en materias como las de inmigración, la acogida de refugiados o incluso la libertad religiosa.

Una buena parte de este crecimiento se produce precisamente en barrios o en ciudades que se habían considerado como feudos de los partidos de izquierdas. Las desigualdades crecientes y la globalización del mercado de trabajo de más baja cualificación han dejado desprotegidas a ciertas capas sociales y han desencadenado el miedo en una parte importante de la población. La in-

migración ha pasado a ser vista como una amenaza en los ámbitos económico, cultural y religioso (¡en la Europa descristianizada!). El miedo «prende» con gran facilidad y explota en forma de extrema derecha.

Para contrarrestar el auge de los movimientos de la extrema derecha es preciso no obviar las causas profundas que lo favorecen y construir un nuevo relato en que la reducción de la desigualdad, la protección social y la lucha contra los prejuicios culturales sean claves. Tanto partidos como sociedad civil nos jugamos no solo la convivencia, sino el futuro de nuestra democracia; una democracia política que no puede existir sin democracia económica.

Si hace unos años podíamos pensar que la democracia y la modernidad eran «el fin de la historia» y que los países irían poco a poco sumándose a la fortaleza de su «verdad», en la actualidad estamos presenciando importantes involuciones (la Turquía de Erdogan, la Rusia de Putin, los EEUU de Trump...). Así pues, si hace unos años parecía que caminábamos inexorablemente hacia una globalización de la democracia, hoy parece más probable el retorno a una globalización del miedo y de las fronteras.

Conflictos bélicos nuevos sin que se cierren los antiguos

Ese miedo y esos muros que detienen a personas, pero no interceptan capitales, son la lamentable respuesta al drama de los refugiados. Nunca en el mundo, después de la Segunda Guerra Mundial, se habían contabilizado tantos millones de refugiados y desplazados. Este incremento se debe a la aparición de nuevos conflictos armados y la reapertura de otros más antiguos que, como heridas mal cerradas, vuelven a sangrar.

El informe Alerta 2016!, de la Escola de Cultura de Pau, registró en 2015 hasta 35

conflictos armados: 13 en África, 12 en Asia, 6 en Oriente Próximo, 3 en Europa y 1 en América. Ciertamente, el foco mediático se concentra actualmente en Siria e Irak, pero son muchos los países que se encuentran en un contexto de alta violencia: Ucrania, Libia, Egipto, Nigeria, Palestina, Somalia, Sudán del Sur, Afganistán, Pakistán, Yemen...

Las consecuencias de estos conflictos bélicos para la población civil también implican masacres, ejecuciones sumarias, detenciones arbitrarias, torturas, desplazamientos forzados, uso de la violencia sexual como arma de guerra o reclutamiento de menores, por citar algunas. Los datos conforman una fotografía estremecedora: 60 millones de personas entre refugiados y desplazados, 83 escenarios de tensión a nivel global... En el año 2015, 167.000 personas murieron a causa de los conflictos armados, y no parece que las cifras de 2016 vayan a ser más halagüeñas.

Invertir esta tendencia mundial hacia la violencia como método de resolución de los conflictos (y como negocio e industria, ¡no lo olvidemos!) requiere también hacer un giro cultural hacia la paz, hacia unos valores y actitudes que pongan en primer plano la vida. Ya lo decía María Zambrano: «La paz es mucho más que una toma de postura: es una auténtica revolución, una manera de vivir, una manera de habitar el planeta, una manera de ser persona».

La disidencia eclesial

La falta de una auténtica cultura de la paz y el diálogo se observa también en ciertos ámbitos eclesiales. A la apertura de un debate claro y sosegado por parte del papa Francisco sobre algunos temas difíciles y polémicos, la extrema derecha eclesial ha reaccionado con vehemencia. Paradójicamente, aquellos que defienden la necesidad

de la centralidad papal en la Iglesia y que ven en la delegación de algunos temas a las conferencias episcopales de cada país una fuente de caos, división y relativismo, son los mismos que han levantado la voz contra el pontífice. Y de nuevo paradójicamente, aquellos que antaño denunciaban las corrientes eclesiales progresistas por heterodoxas porque discrepaban de algunas de las directrices de Juan Pablo II hoy califican de heterodoxo al papa Francisco. Así, pues, los que se presentaban como papistas y que ahora critican al Papa no seguían al obispo de Roma, sino a su propia ideología.

Tenemos un Papa que estimula el debate y que anima incluso a que se le expresen discrepancias, porque está convencido de que Dios guía a la Iglesia no solo inspirando a su cabeza, sino a todos sus estamentos. Así lo hizo en el inicio del Sínodo de la Familia, animando a cada obispo a expresar su parecer previa consulta a los creyentes de su diócesis. Ahora, tres años después de la elección del Papa, los sectores conservadores de la Iglesia ya manifiestan públicamente su disconformidad, y lo hacen desde la convicción de que el diálogo abierto acerca de determinados temas provoca incertidumbre, confusión y alarma en muchos fieles. De nuevo las dificultades y el miedo a la pluralidad, y la añoranza de un autoritarismo eclesial de corte absolutista.

Los medios de comunicación social (MCS) como circo romano

Aunque el mundo necesita más diálogo, los MCS, tan importantes hoy en día, no hacen más que atizar el fuego de los conflictos. Albert Camus repetía a menudo este lema: «Al lector hay que darle lo que necesita saber, no lo que le gusta leer». E insistía: «Un país vale lo que vale su prensa», a la que hoy hemos de sumar la televisión y la radio. Sin

embargo, constatamos que una parte de los debates televisivos no son más que recreaciones de las luchas de los circos romanos: la gente busca confrontación, y sangre. Y las cadenas pagan a los nuevos gladiadores según el número de dardos y puñaladas que reparten en forma de gritos e insultos. Incluso los informativos muestran las catástrofes cada vez con más crudeza para vencer la insensibilidad creciente del televidente. De igual manera, los titulares se llenan de expresiones que subrayan las crisis de las instituciones, las confrontaciones en los partidos, las desavenencias entre jugadores y entrenadores, etc. Palabras de crítica emitidas en privado son elevadas a auténticas declaraciones de guerra; los propios medios narran las rupturas que ellos mismos se han encargado de atizar... Manda la audiencia, la publicidad, aunque para ello la verdad deba ser sustituida por el espectáculo. Mentira, calumnia, difamación y sensacionalismo son las cuatro tentaciones de los medios, según el papa Francisco.

Desde Cristianisme i Justícia hacemos un llamamiento al diálogo y al debate. Desde el ágora de Grecia, estos principios fundaron nuestra cultura y lo que somos hoy en día. Roma cayó cuando se transformó en espectáculo decadente. Europa renació en la modernidad recuperando el espíritu de Grecia. El fin de la exposición serena de las ideas será el fin de la democracia y el nuevo fin de Europa. Movidos por la codicia, el miedo, las bajas pasiones, la indiferencia ante el dolor ajeno... nos encaminamos con paso acelerado hacia el precipicio. Y a pesar de ello, contra toda evidencia, la fe en la humanidad y en aquello más sagrado que hay en ella nos animan a creer en la posibilidad de cambiar el rumbo.

Cristianisme i Justícia